

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA EN LA ENCRUCIJADA (1805-1808)

Prof. Dr. D.Emilio de Diego
(UCM)

Hay pasajes históricos jalonados de grandes acontecimientos, incluso un tanto espectaculares, que les preceden y le siguen, haciéndoles pasar casi inadvertidos para la mayoría de los historiadores. Son como valles anegados, poco visibles a la sombra de unas luces que, sin embargo, sólo se entienden en función, precisamente, de esas zonas obscurecidas. A veces tales *lapsus* devienen involuntariamente; otras se trata, de eliminar, de forma consciente, determinadas páginas de una herencia común indeseable, al menos para una parte de la sociedad. El periodo que transcurre entre el otoño de 1805 y la primavera de 1808 podría incluirse, a mi parecer, en el primero de estos apartados. Aunque el protagonismo, durante el mismo, de un personaje demonizado, convertido en «chivo expiatorio» de esa fase álgida de «nuestra decadencia», según la retórica dominante a lo largo de muchas décadas, desvió demasiado tiempo la conveniencia del análisis y la investigación, como base del discurso historiográfico, hacia los cauces de la condena apasionada que cimentaba la fácil «exculpación» colectiva. Por fortuna, los estudios recientes, con la figura y la obra de Manuel Godoy como centro, han adoptado un enfoque mucho más riguroso y útil para mejorar el conocimiento de esa etapa un tanto postergada. Entre el Trafalgar de aquel 21 de octubre de 1805 y el Dos de Mayo de 1808, discurre una fase clave en el hundimiento de lo que hemos dado en llamar el Antiguo Régimen, en nuestro país; la dimensión histórica, o más aún la vertiente legendaria, del «desastre» naval español por antonomasia, y del levantamiento «patriótico», por excelencia, relegaron en exceso la importancia de unos años decisivos para España. Las obras de síntesis dedicadas a nuestra historia contemporánea apenas incluyen algunas líneas sobre ellos, en la mayoría de los casos. Vamos a intentar exponer, con la brevedad que nos exigen estas páginas, los distintos factores que permiten enlazar, y esperemos que hacer más comprensibles, las consecuencias de

Trafalgar, en un marco que excede la propia evolución de la Armada, en el cual se produce la quiebra de la Monarquía borbónica en España. Haremos un repaso de lo ocurrido en esos años a través de las circunstancias internacionales, después de Trafalgar; de las características de la monarquía española y de la situación en la corte de Carlos IV.

La alargada sombra de Nelson: Trafalgar allende los Pirineos

No sería exagerado afirmar que la proyección de Trafalgar alcanzó a todo el mundo. De modo inmediato supuso que la contienda, que arrasaba Europa desde hacia más de dos décadas, tomara un nuevo rumbo. De poco le habían servido a Francia los más de 500 millones de francos empleados en la construcción naval, sólo desde 1803. A partir de entonces Napoleón se veía obligado a circunscribirse, casi exclusivamente, a la guerra continental y a tratar de utilizar su hegemonía, en este ámbito, como contrapeso a su derrota en el mar.

La misma víspera de Trafalgar había batido a un ejército austriaco en Ulm. Pero apenas dos semanas después de la victoria de Nelson, Federico Guillermo de Prusia y el zar Alejandro firmaban el Tratado de Postdam, el 3 de noviembre de 1805. Austria, con la disputa por los territorios italianos y el control del Adriático siempre en el horizonte, se lanzaba de nuevo a la guerra contra Francia. La victoria de Napoleón en Austerlitz, el 2 de diciembre de ese año, venía a ser, en cierta medida, el contrapunto de Trafalgar. En muy poco tiempo quedaba claro que si Inglaterra dominaba los mares, el Emperador francés campaba por Europa con parecida rotundidad, al menos por el momento.

Los austriacos hubieron de pedir un armisticio y someterse a los dictados de Bonaparte. En la subsiguiente paz de Presburgo (26-XII-1805), la corte de Viena se encontró obligada a ceder a Francia los territorios venecianos, Istria y Dalmacia; algo particularmente doloroso pues, como el mismo Metternich reconocería en sus Memorias, «Venecia era la principal y más preciosa de todas las adquisiciones que jamás pudo hacer Austria» (1). Además debió reconocer a Napoleón como rey de Italia, mientras Baviera, Wurtemberg y Baden se convirtieron en estados aliados de Francia. En total,

(1) Ver METTERNICH. *Memoires, documents et ecrits divers laises par le prince de ... Chancelier du cour et d'Etat publiés par son fils le prince Richard de Metternich...* Paris, 1880

Francisco II vio recortado el número de sus súbditos en más de cuatro millones, sobre los veinticuatro que tenía hasta entonces. Tuvo que entregar 100.000 fusiles y 2.000 cañones; aparte de unos 15 millones de florines de los poco más de 103 millones que suponían los ingresos anuales de la Hacienda austriaca. Como contrapartida Bonaparte permitió que el emperador Habsburgo se adueñara de Salzburgo y Berchtesgaden. Unos meses después, en julio, quedó constituida la Confederación del Rin, con Napoleón como Protector, afirmando de este modo su protagonismo en los territorios alemanes; al igual que en la Polonia que crearía a su antojo.

A renglón seguido se ocupó de arrojar de Nápoles a Fernando III y sustituirlo por José Bonaparte. Por tanto, en 1806, Bonaparte no sólo había asegurado las fronteras naturales de Francia, sino que extendía su influencia por la mayor parte del Viejo Continente. Durante el verano de aquel año buscó la paz con Rusia e Inglaterra, aunque, por el momento, el zar Alejandro y, de manera mucho más rotunda, el gobierno de Londres presidido por Grenville rechazaron las propuestas. Tampoco cuajaron sus propósitos de acuerdo con Prusia y, en octubre de 1806, derrotó a los prusianos en Auerstadt y Jena, entrando a continuación en Berlín; desde donde anunció sus nuevos planes para batir a los ingleses.

Sólo quedaba Rusia por aceptar la supremacía de Francia en Europa. Napoleón se enfrentó a las tropas del zar en Eylau (febrero de 1807), con resultados poco claros. Pero en Friedland (en junio) la victoria sonrió, sin duda, a los franceses. Ambos países firmaron la Paz de Tilsit (8-VII-1807) que mantuvo a Federico Guillermo III en el trono de una empequeñecida y sometida Prusia, y transformó a Rusia en aliada de Francia.

Bonaparte había deshecho definitivamente la tercera coalición, que fraguaba en agosto de 1805, cuando el Emperador mantenía aún la esperanza de dominar el Canal y desembarcar en Inglaterra. Nelson lo impidió. Pero, ahora podía intentar poner en práctica otra estrategia, anunciada en Berlín. Se trataba de llevar adelante: la guerra económica, a través del bloqueo continental; arriesgada forma de batallar intentando excluir a Gran Bretaña del comercio mundial, aunque fuera la única que le quedaba, cuando ya no podía aspirar al dominio del mar. Suecia y Dinamarca fueron obligadas a sumarse a los planes napoleónicos. En ese contexto la Península Ibérica cobraba una importancia decisiva. Portugal era el reino a someter. España, el aliado a la fuerza.

La monarquía española: entre Europa y América

Si los acontecimientos del Viejo Continente afectaban, de modo determinante, a la parte europea de la monarquía hispánica, su otro ámbito, el americano, se veía igualmente condicionado por lo que sucedía en el marco de las relaciones entre las grandes potencias. Atrapado por las exigencias de Francia y de Inglaterra, al reanudarse las hostilidades entre ambas después de la paz de Amiens, Carlos IV hubo de declarar la guerra a los ingleses, el 12 de diciembre de 1804. Antes habían encallado los intentos de Frere por atraerse a España y el 5 de octubre de ese año, cuatro fragatas españolas habían sido atacadas por los barcos británicos. Después de Trafalgar, Hispanoamérica, el talón de Aquiles de la Corona española se mostraba especialmente débil. Nuestra Armada contaba aún con 44 navíos, 37 fragatas y otros buques menores. Pero ni estas naves, ni la gestión de Francisco Gil de Lemus como Secretario de Marina, desde 1805 a 1808; ni las reformas de Godoy de 1807, creando el Consejo del Almirantazgo; ni las pretensiones de Escaño para introducir algunas mejoras, fallidas por falta de recursos, significaron mucho para mantener nuestra fuerza en el Atlántico. A la presión ejercida por Napoleón sobre el Sur de los Pirineos había de unírsele la llevada a cabo por los ingleses sobre los intereses hispanos al otro lado del Océano; ahora con mayor fuerza que en cualquier momento anterior. Tres medios utilizarían, principalmente, los británicos contra la España aliada de Bonaparte: a) la perturbación de las comunicaciones, hasta el límite de su práctica interrupción, en muchos momentos; b) la acción militar directa; y c) una fuerte campaña de apoyo, con medios propagandísticos y financieros, a los movimientos que buscaban la insurrección de aquellos territorios y su ruptura con España.

En el primer apartado las consecuencias para la Hacienda y el comercio españoles fueron muy importantes, al menos de inmediato (2). En cuanto al impacto sobre las arcas de la Corona expondremos algunos datos más adelante. Pero en lo que corresponde a la reducción de la actividad mercantil, sabemos que pasó de una media anual de 182'4 millones de reales del monto de las

(2) Sobre la incidencia económica de la pérdida de la América hispana ver PRADOS DE LA ESCOSURA, L., *De Imperio a Nación. Crecimiento y atraso económico en España 1780-1930*. Madrid, 1993.

exportaciones, entre 1802 y 1804, a 53'1 millones entre 1805 y 1814; mientras el valor de las importaciones descendería de los 184'9 millones de reales/año de 1802-1804 a 47'9 millones de reales/año para el ciclo de 1805 a 1814, siempre a precios constantes (3). Sin olvidar los recortes que la incomunicación suponía en otros muchos ámbitos, como el político-administrativo y el militar.

Precisamente en este campo tendríamos que hacer mención de la fallida ofensiva inglesa (Home-Popham) sobre Buenos Aires, entre junio y agosto de 1806, frustrada gracias a la respuesta de los criollos hispanoamericanos encabezados por Liniers. Algo parecido a lo que ocurriría en un segundo intento a ambos lados del Río de la Plata. En esta ocasión dirigido por Popham, Sterling y Murray. Éste último llegó a tomar, momentáneamente, Colonia de Sacramento y, además, los británicos bloquearon Montevideo; pero se repitió finalmente la derrota en su tentativa de asalto a Buenos Aires (Whitelock) que les costó la retirada de aquella zona, en julio de 1807. Un tercer intento se estuvo preparando en los puertos de Gran Bretaña hasta la primavera de 1808, aunque la inversión de las alianzas acabaría dirigiendo los medios navales y humanos, allí reunidos, a un objetivo bien diferente.

En lo tocante a lo que pudiéramos denominar acción indirecta, a través de la batalla de la opinión y del apoyo a los agitadores contra España, cabría señalar el gran esfuerzo propagandístico «pro independencia de la América hispana», inspirado por el gobierno de Londres. Según los medios británicos era el momento de romper las cadenas con las que España aprisionaba a sus vasallos americanos. Inglaterra sería la «gran libertadora» en el «alba del día de la América meridional», que ahora llegaba. En ese marco se incluiría la ayuda a Miranda para preparar su expedición a fin de liberar Venezuela, con el *Leandro* y las corbetas *Baco* y *La Abeja*, en la primavera de 1806. Pero tal intento, desde Estados Unidos y Puerto Príncipe, como los posteriores, partiendo de Trinidad y otros puntos, concluyeron en sendos fracasos.

Sin embargo, la magnífica respuesta de los criollos, tanto en Venezuela como en el Río de la Plata, no garantizaba un futuro exento de peligros ante las actuaciones británicas. La Corte de Carlos IV debía buscar alguna solu-

(3) CUENCA ESTEBAN, J. “Comercio y Hacienda en la caída del imperio español 1778-1826”, en ANES, R. y otros. (Eds.), pp. 389-453.

ción a medio plazo, a pesar de que tal posibilidad se antojaba enormemente arriesgada y difícil en la coyuntura internacional de 1805 a 1808. El más claro exponente de esta peligrosidad serían los tanteos diplomáticos de 1806, que habríamos de pagar a muy alto precio.

Las banderías en la Corte de Carlos IV

La dejación de funciones del detentador de la Corona y la peculiar situación creada por las relaciones que Carlos IV y María Luisa mantenían con su vicario en el ejercicio del gobierno, fueron abriendo una profunda brecha entre los que, de cualquier forma se identificaban con el hombre que iba acaparando toda clase de cargos, títulos y mercedes y quienes le aborrecían apasionadamente. Sobre un sustrato de divergencias ideológicas, polarizadas en la batalla contra el reformismo godoyista, se asentaban toda clase de intereses personales, algunos ciertamente innobles. La inmoralidad dominante se intentaba disfrazar con hipócritas invocaciones moralizadoras que apenas iban más allá de estigmatizar reales o supuestos escándalos amorosos. Este conflicto interno se agudizaría hasta desembocar en la guerra a muerte de ambos grupos, en un proceso que iba a culminar entre el otoño de 1807 y la primavera de 1808. La derrota de Trafalgar, combinada con las peripecias de la política internacional, no sería ajena, como dijimos, a la gravísima crisis que a punto estuvo de acabar con la monarquía de Borbón en España. Veamos, sucintamente, las fuerzas que dirimieron aquella contienda.

a) El partido de Godoy: posibilidades y problemas

El favorito, valido, almirante, generalísimo y Príncipe de la Paz, D. Manuel Godoy Álvarez de Faria radicaba su poder en la amistad de los reyes Carlos IV y María Luisa de Parma, pero a la hora de ejercerlo y tratar de mantenerlo debía contar, lógicamente, con gentes de su entera confianza. ¿Hasta qué punto un hombre de la extracción social de Godoy podía formar en torno suyo un grupo lo suficientemente preparado, cohesionado y fiel, para controlar el entramado institucional? No parece empresa fácil y, de hecho, se encontraría con no pocos problemas al respecto. Asegurarse las lealtades imprescindibles significaba, casi obligadamente, acrecentar un nepotismo que, a su vez, servía de faro a las críticas de sus enemigos.

En efecto, el núcleo de lo que podríamos llamar el partido godoyista estaba constituido por familiares del propio Príncipe de la Paz; sus hermanos Luís (Capitán General de Extremadura) y Diego (duque de Almodóvar del Campo) o sus tíos Juan Manuel Álvarez de Faria (que fue ministro de la Guerra) y José Álvarez de Faria, aparte de otros parientes y deudos. Pero por numeroso que fuera «el clan Godoy» se hacía necesario contar con la colaboración de muchos más hombres que, en determinados casos, debían disponer de una formación técnica imprescindible.

Estos tecnócratas ocupaban, en un primer nivel, destacados puestos en las principales instancias de la monarquía. Así en relación con el Consejo de Hacienda figuraban Manuel Sixto Espinosa; Antonio Alarcón Lozano; José Pérez Caballero; Pantaleón Beramendi; Ramón José de Arce ... y, sobre todo, Miguel Cayetano Soler. En el de Gracia y Justicia aparecían Acuña de Malvar y Caballero. En el Consejo de Castilla estaban J. Acedo Rico (conde de la Cañada); Domingo Codina; Francisco de Zamora; José Marquina ... y durante algún tiempo Juan Pablo Forner.

La red clientelar continuaba descendiendo, conforme a la estructura piramidal de la Administración, por los escalones inmediatamente inferiores. No es nuestro objetivo realizar aquí una exposición pormenorizada de los protegidos de Godoy, pero, a manera de ejemplo, citaríamos, en el campo de la aplicación de la Justicia, algunos nombres, más o menos conocidos, que desempeñaron cargos en varias Audiencias: Antonio de Vargas Laguna, J. Navarro Vidal; Domingo Bayer; Francisco Amorós; Pedro Gómez Labrador ... etc. Por lo que al mundo naval pudiera resultar más próximo señalaríamos, dentro del Almirantazgo, la presencia de un personaje, ya aludido, Manuel Sixto Espinosa y de otro que alcanzaría notoriedad más adelante, me refiero a Juan Pérez Villamil.

No todos los citados, ni otros más de los que no nos hemos ocupado, mantuvieron su lealtad a Godoy. Pero con mayor o menor firmeza participaron en los proyectos reformistas del Príncipe de la Paz que, en buena medida, despertaron el odio menos confesable de sus enemigos. Controlaban amplias parcelas de poder pero se hallaban lastrados por la responsabilidad derivada de su propia situación institucional y tenían frente a sí dos grandes poderes fácticos: la nobleza y la Iglesia. Esta última, auténtica clave en la pugna por la captación de la opinión pública.

b) El partido fernandino

Alrededor del Príncipe de Asturias se congregaron un amplio catálogo de personajes cuyo máximo común denominador sería, como apuntábamos, el rechazo al hombre que detentaba el Gobierno. En primer término varios miembros de la familia real, el infante D. Antonio, hermano del Rey, el infante D. Carlos, hermano del Príncipe de Asturias, eclipsados y relegados por Godoy. Junto a ellos, por un lado, miembros de la nobleza que veían en el favorito a un advenedizo, convertido en el árbitro de la Corte y del poder en España: el duque del Infantado, el marqués de Ayerbe, el conde de Orgaz, el de Teba, el de Villariezo, ..., el duque de San Carlos, el marqués de Santa Cruz, ... etc. estos dos últimos ayos, del futuro Fernando VII. Por otro, personajes de diferente procedencia y ambición como el P. Scio, D. Francisco Javier Cabrera (Obispo de Orihuela), ... Andrés Casaña, Pedro Collazo, Juan Manuel de Villena, Pedro Giraldo, ... y, sobre todos, el canónigo D. Juan Escoiquiz, enemigo acérrimo del Príncipe de la Paz, que tras promocionarle en su carrera le había apartado, temporalmente, de Fernando, enviándole a Alcaraz.

Este clérigo ejercía la mayor influencia sobre el primogénito de Carlos IV y estaba decidido a jugar, a través de él, un protagonismo semejante al que desempeñaba entonces Godoy. A todos los anteriores vino a sumarse la primera esposa del Príncipe de Asturias, M^a Antonia de Nápoles, casada con Fernando en octubre de 1802.

A pesar de sus múltiples carencias, lo que llamaríamos el entorno fernandino sería capaz de manipular la información en su favor. Además demostrarían una total carencia de escrúpulos y una irresponsabilidad completa a la hora de utilizar cualquier medio que aprovechara a su causa.

El avance del antigodoyismo: las secuelas de Trafalgar en la España peninsular

Ciertamente nadie podía sentirse satisfecho en la corte española ante el elevado coste y los nefastos resultados de la alianza con Francia. Los enemigos del Príncipe de la Paz jugaban, en esas circunstancias, la carta de un acercamiento a Inglaterra. Un movimiento al cual no eran ajenos los numerosos

agentes británicos que pululaban por Madrid. La Princesa de Asturias encabezaba esta tendencia probritánica. Sin embargo, tanto Carlos IV como Godoy poco podían hacer, en aquellos momentos, para manifestar sus recelos hacia Francia y buscar una ruptura con Napoleón capaz de dar pie a la invasión francesa de España y a la pérdida de la Corona.

Para el entorno fernandino resultaba fácil pues presentar como culpable de la situación, ante la opinión pública, al Príncipe de la Paz. ¿Acaso no era éste el responsable del tratado concluido entre Gravina y Decrès (5-I-1805), que estrechaba la alianza franco-española contra Inglaterra y estaba en la antesala de la desgraciada cooperación de nuestra escuadra con la del Emperador?

Sólo una hipotética derrota napoleónica en Europa, capaz de debilitar sensiblemente su posición, permitiría a Godoy algún margen de maniobra en política internacional, para soltar las amarras que nos ataban a Francia. Pero la victoria de Napoleón en Austerlitz hacía impensable cualquier protesta. Aquel triunfo obligaba a que el descontento oficial por la derrota de nuestra escuadra en aguas gaditanas quedara soterrado. Godoy no tenía más remedio que felicitar a Napoleón: «Señor –le escribía- los sucesos que asombran hoy al mundo no aumentan la idea que yo tenía formada de las concepciones guerreras de V.M. imperial y real. Sus enemigos –añadía- ¿qué digo? los enemigos del Continente han desaparecido; potencias favorables ya no existen; mis votos se han cumplido; -y concluía con las habituales referencias laudatorias comparando la gesta napoleónica con los de los grandes caudillos de la historia-; las hazañas de Alejandro; de César; de Carlo Magno se han convertido en sucesos históricos comunes; la historia no dirá nada tan grande como los altos hechos de V.M. No me queda ya que desear, sino el aniquilamiento del poder inglés» (4).

Tales alabanzas, aunque forzadas por las circunstancias, significaban que nuestro país seguía arrastrándose tras los designios napoleónicos, sin opción aparente. La imagen de Godoy sufría así un deterioro cada día mayor, pues las exigencias francesas aumentaban por momentos. A la sensación de impotencia y de vergüenza por el fiasco de Trafalgar se unieron, de inmediato, otros moti-

(4) Carta de Godoy a Napoleón

vos de crispación en el ánimo popular contra el favorito de Carlos IV. El 21 de mayo de 1806 moría María Antonia de Nápoles y los adversarios de Godoy promovieron una campaña de rumores señalándole como responsable de aquella muerte. En el fondo la preocupación de Fernando era que el favorito estuviera maquinando apartarle del Trono y sustituirle en él, con ayuda de la reina. No parecía demasiado viable, pero todo valía con tal de desacreditar al hombre que manejaba las riendas del Gobierno. Las mayores patrañas, las más deplorables vilezas tenían cabida en los aledaños de la Corte y, lo que resultaría no menos grave, gozarían de una credibilidad que descansaba en la general envidia contra el Príncipe de la Paz. Sobre éste descargarían las acusaciones de todo género, imputándole cualquier mal, algunos de carácter económico con evidentes repercusiones sociales y políticas.

En un esfuerzo por remontar las circunstancias adversas Godoy trató de atraerse al Príncipe de Asturias intentando casarle con María Luisa de Borbón, hermana de su esposa. La tentativa no cuajó y el posterior nombramiento de Godoy como Almirante de España e Indias, con tratamiento de Alteza, en enero de 1807, añadió nuevos motivos de recelo, en el bando fernandino, ante lo que parecía ilimitada ambición del hombre de confianza de Carlos IV y la reina.

Donde no hay harina ...

La situación de la Hacienda española acusó negativamente las secuelas del quebranto de la Armada. La crisis venía empeorando, como se desprende de la relación de ingresos y gastos, desde 1798, a pesar de los esfuerzos para paliarla de la Caja de Amortización o la desamortización de bienes eclesiásticos, iniciada en septiembre en ese mismo año.

Algunos datos sobre los ingresos del Estado, que evidenciaron una extraordinaria recuperación entre 1802-1804, respecto a la etapa 1797-1801, aprovechando el periodo de paz, llegaron a superar los 1.020 millones de reales/año, a precios de 1778, pero descendieron hasta los 353'5 millones de reales/año para el periodo 1805-1814, también a precios de 1778 (5). Tan profunda contracción se manifestaba ya en la etapa que aquí nos ocupa, previa a la Guerra de la Independencia, y no haría más que acentuarse en el curso de la contienda.

(5) Ver CUENCA ESTEBAN, J. "Ingresos netos del Estado español 1788-1820", en *Hacienda Pública*, XIX, pp. 183-208.

En otro orden de cosas, a partir del tratado de subsidios de 1803, las exigencias de Napoleón se fueron incrementando hasta convertirse en una carga difícilmente soportable. Desde 1805, Godoy hubo de acudir a nuevas presiones ante el Vaticano para que aceptara la enajenación de algunas capellanías y de 1/7 de los bienes rústicos de iglesias, monasterios, conventos, ... etc. Esta «segunda fase desamortizadora» aminoró los recursos del clero y, de paso, deterioró seriamente la red asistencial que los eclesiásticos mantenían con el consiguiente agravamiento de las carencias de los sectores más desfavorecidos de la población. Pero, aún así, a principios de 1808, la situación del Tesoro Público resultaba muy preocupante, con más de 1.900 millones de reales en vales que devengaban 75 millones de reales de rédito al año. La deuda total alcanzaba los 7.204.256.831 reales, cuyos intereses suponían 207.913.473 reales.

Si añadimos a las medidas desamortizadoras, las reformas eclesiásticas que Godoy planteaba: reducir el número de frailes de las órdenes mendicantes; destinar algunos clérigos a misiones fuera de la Península y otros al servicio de hospitales; construir colegiatas parroquiales con cargo al diezmo; limitar las propiedades de algunas órdenes monásticas, ... etc., podremos comprender que, factores espirituales al margen, como la inmoralidad más o menos exagerada de las relaciones de Godoy con la reina, o las corruptelas de su gobierno, tampoco faltaban motivos, en el plano material, para la enemiga entre la mayor parte de la Iglesia y las gentes más pobres contra el Príncipe de la Paz. Un caldo de cultivo que favorecería, en gran medida, el auge del antigodoyismo.

Simultáneamente, a los problemas financieros del erario público, inducidos en gran medida por la derrota de Trafalgar, se agregaban otros, relacionados con el sector privado. Las remesas de Indias con destino a los particulares cayeron, espectacularmente, al igual que las de titularidad estatal. Lo que entre 1792-1796 había significado en torno a los 299 millones reales/año, apenas alcanzaron los 9'2 millones de reales/año entre 1797-1801 y la expansión de 1802-1804, hasta los 331'5 millones de reales/año, invirtió su signo desde 1805 a 1814 para situarse en los 115'1 millones de reales/año; siempre a precios constantes (6). La escasez de dinero y la correspondiente caída de la inversión agravaron la situación económica general y, con ella, las condi-

(6) Ibid.

ciones de vida de muchos españoles a los cuales era sencillo señalar al culpable de sus males: Manuel Godoy. De poco servirían los esfuerzos de éste, por ejemplo, para mejorar el abastecimiento de trigo y reducir las tensiones mediante el acuerdo con la casa Ouvrard que entregaría a la Junta de Provisiones dos millones de quintales de trigo a un precio razonable, 104 reales/quintal, a cambio del privilegio de traer pesos duros de América a 3'75 francos, cuando valían 5 en casi toda Europa.

El error de Godoy

En octubre de 1806 el Príncipe de la Paz cometió el más trascendental de sus errores en política internacional. Fuera por motivos personales, acaso la dilación que Francia iba imponiendo en el curso de las negociaciones para firmar el Tratado sobre Portugal, al que ya hemos aludido, y que en septiembre de ese año parecía en punto muerto; o por otras razones, entre las cuales podría contarse la ocasión para neutralizar la anglofilia que sus enemigos venían jugando, Godoy realizó un doble movimiento, de aproximación a Inglaterra y distanciamiento de Francia, que acabaría resultando fatal para su futuro y el de España.

A aquellas alturas, en vísperas del enfrentamiento francoprusiano, debió pensar que lo que aún restaba de la tercera coalición pondría a Napoleón en suficientes dificultades como para que nuestro país pudiera recobrar un mayor protagonismo internacional, a la par que aseguraba sus posesiones en América. Los ingleses, sin duda, coadyuvaron a que el Príncipe de la Paz diera aquel paso. Lord Yarmouth hizo llegar a Izquierdo, el hombre de confianza de Godoy en tareas diplomáticas, una oferta de paz entre Inglaterra y España, si abandonábamos la alianza con Francia. El favorito de Carlos IV envió a Argüelles a Londres, el 4 de octubre de 1806, con la misión de tantear un acuerdo con los británicos.

Dos días más tarde lanzó una proclama en la que anunciaba la movilización de 50.000 hombres. «Venid, pues amados compatriotas, venid a jurar bajo las banderas del más benéfico de los soberanos ...» (7). Inmediatamente ordenó el sorteo y alistamiento para alcanzar ese cupo extraordinario de

(7) GODOY, M. Proclama de 6 de octubre de 1806.

incorporaciones al Ejército. Consciente de la influencia de la Iglesia pedía auxilio a los clérigos para levantar el espíritu nacional, a la vez que buscaba el respaldo de la nobleza y de los ciudadanos más ricos. El Príncipe de la Paz se cuidó mucho de indicar quién sería el enemigo contra el cual se emplearían aquellas tropas. Sin embargo Napoleón, al conocer dicha medida, consideró la iniciativa de Godoy como una amenaza contra Francia y una deslealtad.

El gobernante español se había equivocado y dejaba al descubierto sus cartas. Bonaparte había batido a los prusianos con mayor facilidad de la que Godoy esperaba y no tenía duda del sentido de la movilización decretada. ¿Por qué no empleaba España sus escasos recursos en construir nuevos barcos si lo que deseaba era combatir a Inglaterra?

El Príncipe de la Paz intentó disimular su error. Envio a Izquierdo a Berlín, en busca de Napoleón, para hacerle saber que la ampliación del Ejército español no era otra cosa que un intento de prepararse frente a un eventual ataque inglés. Más aún, le ofrecía casar el Príncipe de Asturias, recientemente viudo, con una hija de Luciano Bonaparte. Ni estos gestos, ni otros con los que quería demostrar su fidelidad y la de España a la causa napoleónica, sirvieron de nada. El Emperador obligó a Carlos IV a reconocer a José Bonaparte como rey de Nápoles y aumentó sus demandas sobre la corte española. Entre ellas la exigencia de una fuerza de 15.000 hombres que, al mando del marqués de la Romana, combatiría en el bando francés. Según Metternich (8) Napoleón justificó, en su momento, la posterior invasión de nuestro país en aquel falso movimiento de Godoy. En noviembre de 1806 habría decidido que no podía mantener un aliado dudoso en España. Para entonces, aún le faltaba conseguir un acuerdo con Rusia, pero mientras lo lograba, iría preparando el terreno para su intervención en la Península Ibérica.

El Emperador y las intrigas de la Corte española

Bonaparte intensificó su participación en los enredos cortesanos españoles, poco después de la llegada a Madrid de su nuevo embajador, Mr. de Beauharnais, a finales de 1806, quien, muy pronto, penetró en el círculo del Príncipe de Asturias. El instrumento para sus maniobras fue el ya citado clé-

(8) METTERNICH, Ob. Cit

rigo Juan Escoiquiz. El eclesiástico, tras un tiempo alejado de la Corte, había regresado a la capital, por orden de D. Fernando, en marzo de 1807.

Apenas vuelto a la capital y apoyado directamente por otros personajes del ámbito fernandino, (Juan Manuel de Villena y Pedro Giraldo) inició los contactos con el embajador francés, en julio de aquel año, contando con la anuencia de nombres de muy diversa importancia como Infantado, San Carlos y Ayerbe, Orgaz, González Manrique, Collado, Selgas, ... etc.. La finalidad de los tratos entre ambas partes venía a ser la búsqueda de una alianza secreta entre el emperador y el Príncipe de Asturias, basada en el matrimonio de éste, con una princesa de la familia Bonaparte. Por tal medio D. Fernando pensaba conseguir el apoyo de Napoleón para desplazar a Godoy. El Emperador, por su lado, pretendía así acentuar la división en el seno de la familia real española y afianzar su influencia para convertirse en árbitro de la situación. Las negociaciones continuaron a lo largo del verano de 1807, siempre en secreto, tratando de evitar la intervención del Príncipe de la Paz. En realidad, ambas facciones se habían puesto ya en sus manos y sólo le restaba manejar las ambiciones de unos y otros para lograr las suyas.

En este sentido, la primera víctima de los planes napoleónicos sería Portugal. El largo proceso de acoso a la Corte de Lisboa, dirigido por Francia con la colaboración más o menos entusiasta de España, desde antes de la «Guerra de las naranjas» y después de los Tratados de Badajoz, con la exigencia constante de cerrar los puertos lusos a los productos ingleses, tomaba nuevo impulso. Tras el intervalo de Amiens habían vuelto las presiones que, a partir de 1806, entraron en una fase álgida. A lo largo de ese año se sucedieron los proyectos de la Corte española para intervenir en Portugal. Ya en enero de 1806, Godoy escribía a Napoleón tanteando la posibilidad de convertirse en Regente de aquel reino. La desconfianza del Emperador, que pidió aclaraciones a Izquierdo, en marzo, frenó la iniciativa. No por ello cesaron las propuestas desde España para anexionarse Portugal. Si la hipotética Regencia del Príncipe de la Paz no prosperaba se planteaba, como alternativa, la división del país, con o sin añadido de tierras gallegas, bien en dos partes, una de ellas para D. Francisco, (tercer hijo de Carlos IV) y la otra para Godoy; o bien en cuatro a repartir entre el mismo D. Francisco; el infante D. Carlos (segundo hijo del rey); el entonces Príncipe Regente de Portugal y Godoy; todos ellos como señores feudales de la Corona de España. Cabían aún otras com-

binaciones, cuya descripción no hace al caso, con Brasil como objetivo, y siempre reservando alguna parte para lo que dispusiera Napoleón.

En junio de 1806 dentro de las conversaciones para un nuevo tratado franco-español se contemplaba también la posible incorporación de Portugal a España. En este caso el Emperador pedía una zona de la provincia de Guipúzcoa y el puerto de Pasajes. Godoy rechazó las pretensiones de Bonaparte y la negociación, ante la marcha de los asuntos europeos, entró en una especie de vía muerta. Las aspiraciones del Príncipe de la Paz se veían frenadas sin que se vislumbrara su futuro, pero las cosas experimentarían un giro definitivo tras los acuerdos de Tilsit.

La suerte de Portugal empezaría a decidirse cuando el 29 de julio de 1807, Napoleón ordenó la formación de un ejército de 25.000 hombres, en Bayona, que habría de reunirse a partir del mes siguiente bajo la denominación de «Cuerpo de Observación de los Pirineos». Solo faltaba obtener un compromiso con España para que esta fuerza atravesara nuestro país hacia la frontera portuguesa.

Entre tanto, en agosto, el encargado de negocios francés en Lisboa, Mr. de Rayneval y el embajador español, conde de Campo Alange, presentaban una especie de ultimátum al gobierno portugués. El Príncipe Regente debía romper sus relaciones con Inglaterra; unir su escuadra al bando bonapartista; confiscar las mercancías inglesas y detener a los súbditos británicos que se hallaran en Portugal, algo evidentemente imposible.

El Tratado de Fontainebleau

Después de Tilsit, Napoleón regresó a Francia y estableció su corte en Fontainebleau, a partir del 21 de septiembre de 1807. Allí impuso un tratado a Austria (el 10 de octubre) con algunas rectificaciones de la frontera austro-italiana y siguió presionando al representante portugués, Lima, hasta un extremo que no permitía ninguna salida ni aplazamiento al gobierno de Lisboa. La guerra estaba en marcha. El 14 de octubre el Emperador emprendía las hostilidades. Inmediatamente ordenó a Junot que marchara hacia Lisboa, y las tropas francesas congregadas en Bayona empezaron a cruzar la frontera española el 18 de octubre. Paralelamente, Bonaparte envió a Madrid un correo urgiendo la colaboración de nuestro país.

El correspondiente tratado hispanofrancés tomó cuerpo, formalmente, el 27 de octubre, en Fontainebleau. Una serie de cláusulas diseñaban la ocupación francoespañola de Portugal con varias metas. De un lado se atendería a recomponer la situación de los soberanos de Etruria, familiares de la reina María Luisa, desplazados por Napoleón. La provincia de Entre Douro y Miño, con la ciudad de Oporto se entregaría al rey de Etruria con el título de rey de Lusitania Septentrional (Art. 1º). De otro, la provincia de Alentejo y el reino de los Algarves se darían al Príncipe de la Paz, con el título de Príncipe de los Algarves (Art. 2º). Por último, la mayor parte del territorio restante quedarían en depósito hasta la llegada de una futura paz general, disponiendo de ellas según las circunstancias (Art. 3º). Desde luego, se ejecutarían todas las medidas cuya aplicación habían exigido los diplomáticos, franceses y españoles, unas semanas antes al gobierno portugués. En otros apartados el emperador de Francia ofrecía a Carlos IV garantías sobre sus dominios.

En la convención anexa se aprobaba la entrada en la Península de 25.000 infantes y 3.000 jinetes franceses para marchar a Lisboa. A ellos se unirían otros 8.000 infantes; 3.000 jinetes y 30 piezas de artillería. Una fuerza española de 10.000 hombres colaboraría en las operaciones tomando la región de Entre Douro y Miño y la ciudad de Oporto. Otra, de 6.000, entraría en los Algarves. Los soldados franceses serían alimentados y mantenidos por España.

El Tratado de Fontainebleau, en realidad, abría la puerta no sólo a la invasión de Portugal, sino a la de toda la Península. No tardaría en producirse la entrada de nuevas tropas; el 22 de diciembre de 1807, lo hacía el 2º Cuerpo de Observación de la Gironda (Dupont, Barbou, Vedel, Malher, ...) y el 3er. Cuerpo seguiría los pasos de los anteriores el 9 de enero de 1808 (Moncey, Mousnier de la Converserie, Morlet, Gobert, ...). Al cabo de poco estarían también en tierras españolas las tropas de Armagnac, entradas por Roncesvalles, y la de Duhesme, que llegaban por la Junquera.

De la conspiración a la revolución: la monarquía española en manos de Napoleón

Entre tanto la situación política española evolucionaría a favor de Napoleón, que iba dando largas a las pretensiones fernandinas sin llegar a ningún resultado concreto. Al pasar las semanas, y a falta de éxito en su empeño, el Príncipe de Asturias, retirado en El Escorial, dio sospechosas

muestras de descontento y de crítica hacia lo que sucedía en la Corte de su padre. Incluso escribió al Emperador, un tanto imprudentemente, el 11 de octubre, comprometiéndose más de lo aconsejable. Los rumores sobre sus actividades llegaron a oídos de la reina, de Carlos IV y de Godoy. Una carta anónima avisaba a Carlos IV de que el príncipe Fernando preparaba una revolución en Palacio. «La Corona de V.M. está en peligro –advertía el desconocido autor del mensaje-. La reina María Luisa va a ser envenenada. Estos propósitos deben ser impedidos inmediatamente». Para descubrir lo que estaba pasando se ordenó registrar las dependencias de D. Fernando y la incautación de sus papeles, en los cuales acusaba, a su vez, a Godoy de ambicionar la Corona y planear la muerte de la familia real. El 29 de octubre el Príncipe de Asturias fue interrogado por algunos ministros y por Arias Mon, gobernador interino del Consejo. A la vista de los hechos, el propio rey procedió al arresto de su hijo.

Un decreto de Carlos IV de 30 de octubre, daba cuenta de lo sucedido y del profundo disgusto que le había causado el comportamiento del Príncipe de Asturias, a la vez que mostraba su firme decisión de atajar el complot urdido. Simultáneamente el rey escribía a Napoleón para informarle de la situación creada por tales acontecimientos, los cuales describía con tintes muy severos, hasta el punto de calificarlos como enormes crímenes y, en consecuencia, se mostraba decidido a modificar el orden de sucesión al Trono; de manera que alguno de sus otros hijos viniera a sustituir a D. Fernando. En esa coyuntura es evidente que el emperador podía actuar a capricho de su voluntad respecto a sus planes para la Península.

Pero Bonaparte podía no sólo permitirse introducir tropas a su antojo en España sino que, como esperaba, se había convertido en el referente inexcusable en la evolución de la crisis de la monarquía española. No tardaría en ponerse de manifiesto esta circunstancia mientras sus soldados avanzaban por tierras de España. Probablemente la mano de Godoy movía los hilos del proceso contra los responsables del complot escurialense, pero no es menos cierto que el mismo Príncipe de Asturias declaró, a petición suya ante el ministro de Gracia y Justicia, el marqués de Caballero, sus iniciativas cerca de Bonaparte y haber encargado a su principal mentor, el duque del Infantado, que tomase el mando de Castilla la Nueva, en el momento en que falleciera Carlos IV (supuestamente a consecuencia de la conspiración tramada para

entronizar a D. Fernando). Más aún, completó su confesión denunciando a Escoiquiz y al resto de los conjurados.

A pesar de todo, el Príncipe de Asturias iba a salir indemne de tan gravísimo trance debido, precisamente, a su relación con Napoleón. Asustado el entorno de Carlos IV por la posible implicación del Emperador, el procedimiento contra D. Fernando quedó paralizado. Un simple escrito de disculpa, solicitando el perdón de sus padres, le valió, formalmente, para zanjar la cuestión. El 5 de noviembre de 1807, el rey le exculpaba de lo sucedido.

Godoy, ante el sesgo que tomaba el problema, trató de presentarse como el mediador que había logrado restablecer la armonía familiar y política en aquella turbulenta Corte. Sin embargo, según Toreno, sus propósitos, al aparecer como intermediario entre Carlos IV y su hijo no eran otros que «presentar a Fernando ante la Europa entera como príncipe débil y culpado; desacreditarle en la opinión nacional y perderle en el ánimo de sus parciales; poner a salvo al embajador francés y separar de todos los incidentes a la causa de su gobierno ...» (9). Desde luego, si tales eran sus objetivos, los efectos conseguidos fueron diametralmente opuestos. El mismo autor lo reconocía, en cierta medida, pues «el público –escribía– aunque no enterado a fondo echaba a mala parte la solicita mediación del “privado” y el odio hacia su persona, en vez de mitigarse, tomó nuevo incremento» (10).

En el mismo sentido, aunque con mayor rotundidad, se manifestarían otros historiadores, unos años después, acerca del desenlace de aquella denostable maniobra fernandina. Así, M. Agustín Príncipe, aseguraba que «el proceso de El Escorial extravió lastimosamente la opinión pública. Perdonado el príncipe heredero a los cinco días de haber aparecido el terrible decreto de acusación, creyéronle todos inocente de los crímenes que en él se le imputaban, atribuyendo su causa a tramas urdidas por el favorito» (11).

(9) TORENO, Conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Madrid, 1862. Libro Segundo, pág. 14.

(10) *Ibid.*

(11) PRÍNCIPE, M. A.: *Guerra de la Independencia. Narración histórica de los acontecimientos de aquella época*. Madrid, 1844-48. 2 tomos. Sobre el pasaje que aquí tratamos puede verse el tomo I, capítulo XX, pp. 441-517.

El Príncipe de la Paz se vería convertido en la encarnación de todos los vicios, errores y culpas, propias y ajenas. A finales de 1807 se propalaba, desde los púlpitos, que Godoy era el único culpable de todos los males de España. Era, sin duda, el personaje a propósito para imputarle cualquier pauta de conducta rechazada por la población. En la calle corrían rumores y noticias sobre los crímenes de Godoy. Se le acusaba de saquear la Hacienda; de convertir la Corte en un burdel; se decía que era bígamo; y, por si fuera poco, que la reina pensaba en casarse con él. En Madrid se conspiraba cada vez de modo más evidente contra el sujeto responsable de cuantos delitos, desviaciones e inmoralidades quisieran achacarle, bien como propios o en calidad de testaferrero de la Majestad, menos atacable, de Carlos IV.

Sin embargo, lo peor estaba por llegar. A las alturas de febrero de 1808 la situación se presentaba ya en toda su gravedad. Junot anunciaba, en Portugal, el sometimiento de aquel reino a la voluntad napoleónica y las tropas francesas ocupaban Pamplona, Barcelona y otras plazas. Poco después, en marzo, un nuevo Ejército imperial, el de observación de los Pirineos Occidentales, mandado por Bessiers, entraba también en España, donde la cifra de soldados franceses sobrepasaba ya los 100.000 hombres. Además, por las mismas fechas, el Emperador impuso que una parte sustancial de la Armada española se uniera a la francesa en Tolón.

La estrategia de Carlos IV, impedir la guerra con Francia a todo trance, recordando la derrota de 1793-1795, se mostraba imposible. No había más alternativa que evitar caer en manos del Emperador, retirándose a Andalucía o a América si fuera necesario. Pero esta medida debía ejecutarse discretamente, sin despertar la reacción popular ante el abandono de la Corte. Godoy, siguiendo el parecer del príncipe de Castelfranco, hubo de convencer al rey de la conveniencia de emprender el camino hacia el Sur.

Aun con los problemas que la empresa planteaba Carlos IV anunció, al fin, a sus ministros, a mediados de marzo de 1808, la salida hacia Sevilla. Comenzaron, entonces, los preparativos en sigilo, entre ellos el traslado a Aranjuez de gran parte de la guarnición de Madrid, como medida de protección para la familia real. Así se le comunicó a Francisco Javier Negrete, Capitán General de Castilla la Nueva, quien el 16 se entrevistó con el gobernador del Consejo, Carlos Velasco. Como era de esperar, la orden causó gran desasosiego en diversos medios (especialmente entre los funcionarios) que

temieron perder sus empleos. El Consejo acordó pedir a S.M. que considerase los peligros del viaje proyectado.

Si hacemos caso nuevamente a Toreno los rumores habían alertado al pueblo de Madrid, «...agitado ya con voces vagas e inquietadoras ...», desde la salida de Godoy para Aranjuez, el 13 de ese mes, y los preparativos «... que se notaron de largo viaje en casa de D^a Josefa Tudó, particular amiga del Príncipe de la Paz ...» (12).

El rey intentó aplacar los ánimos dando una proclama para tranquilizar a la gente, el 16 de marzo, insistiendo en la amistad de los franceses (13), pero su escrito no tuvo éxito pues el odio popular acabó considerando a Godoy responsable del temido viaje real; de la entrada de las tropas imperiales en España, hacia las que el recelo general iba creciendo rápidamente; y del acercamiento de las mismas a Madrid.

A medida que pasaban las horas, la desconfianza de la población hacia el Gobierno no hizo sino aumentar. Algunos panfletos anónimos circularon por la ciudad con el propósito de asustar a Carlos IV y a la reina para que no abandonaran la capital. Se amenazaba incluso con tumultos si el Rey no cedía ante lo que se consideraba una catástrofe. El partido fernandino estaba decidido a aprovechar la ocasión para asestar el golpe definitivo y alcanzar lo que no había logrado unos meses antes. Carlos IV había tratado de encontrar una salida pactada. El Monarca, que se fiaba menos de su hijo que del propio Napoleón, ofreció al Príncipe de Asturias dejarle en Madrid como lugarteniente, con la obligación de mantener la integridad e independencia de España. Podría formar su propia Corte y rodearse de quienes desease (menos Escoiquiz e Infantado). Pero Fernando VII, que a través de sus agentes manifestaba no querer abandonar la capital, mantuvo el doble juego que venía desarrollando y juró seguir a su padre al fin del mundo.

Mientras, el infante D. Antonio, el ministro Caballero y el conde de Montijo (el Tío Pedro) movían los hilos de la trama y algunos de los criados del primero, unidos a gentes venidas de diferentes puntos de la Mancha y parte de la tropa iban a ser la mano de obra del motín que el 17 de marzo de

(12) TORENO, conde de: Ob. Cit., pág. 25.

(13) Ver *Gazeta de Madrid*, nº 23, de 8 de marzo de 1808.

1808, primero y en la tarde del 19, después, llevarían a la abdicación de Carlos IV, a la proclamación de Fernando VII como rey y a la detención de Godoy (14).

Un miembro de la familia real, nada más y nada menos que el heredero de la Corona, encabezaba el golpe de Estado que propiciaba la revolución contra la propia Monarquía. La providencia divina, como origen del poder quedaba suplantada por el tumulto callejero protagonizado por un hijo traidor secundado por una gama de personajes, a los que ya nos hemos referido, auxiliados por galopines, lacayos, cocheros, soldados, insurrectos y chusma asalarada.

No iba a durar mucho el éxito alcanzado de modo tan inicuo. Tampoco, a los demás, incluido Napoleón. Carlos IV, María Luisa, Fernando VII y el resto de los miembros de la familia más cercanos al complot, fueron durante años juguetes de Bonaparte. La nobleza como grupo; el clero y el pueblo, aquel conjunto de niños grandes, como llamaba Hans Roger Madel a los españoles, hubieron de asumir traumáticamente una responsabilidad colectiva que intentaron descargar en Godoy. Pero la degradación ética no era exclusiva del Príncipe de la Paz. Tras el intervalo de 1805 a 1808, epílogo en cierta medida de Trafalgar, ya nada volvería a ser igual para la monarquía española.

(14) Ver DIEGO GARCÍA, E. de “La crisis política en España. Noviembre de 1807 a mayo de 1808” en *Revista de Historia Militar*

NOTA PARA NUESTROS SUSCRIPTORES

La REVISTA DE HISTORIA NAVAL realiza periódicamente la actualización de la lista de suscriptores que comprende, entre otras cosas, la comprobación y depuración de datos de nuestro archivo. Con este motivo solicitamos de la amabilidad de nuestros suscriptores que nos comuniquen cualquier anomalía que hayan observado en su recepción, ya porque estén en cursos de larga duración, ya porque hayan cambiado de situación o porque tengan un nuevo domicilio. Hacemos notar que cuando la dirección sea de un organismo o dependencia oficial de gran tamaño, conviene precisar no sólo la Subdirección, sino la misma Sección, piso o planta para evitar pérdidas por interpretación errónea de su destino final.

Por otro lado recordamos que tanto la REVISTA como los *Cuadernos Monográficos* del Instituto de Historia y Cultura Naval están a la venta en el Museo Naval y en el Servicio de Publicaciones de la Armada, c/. Montalbán, 2.-28071 Madrid, al mismo precio ambas de 4,00 euros el número.

La dirección postal de la REVISTA DE HISTORIA NAVAL es:

Instituto de Historia y Cultura Naval.

C/. Juan de Mena, 1, 1.º

28071 Madrid

Teléfono: (91) 379 5050. Fax: (91) 379 59 45.

C/e: ihcn@fn.mde.es